

Quince años de excavaciones en la ciudad protohistórica de Herna (La Peña Negra, Crevillente, Alicante)

Las investigaciones emprendidas en 1976 en La Peña Negra han propiciado el conocimiento de la dinámica de transformación de un gran poblado del Bronce Final en una próspera ciudad orientalizante. El factor desencadenante del proceso fue la existencia de una inusitada actividad metalúrgica en PN I que atrajo a colonos y comerciantes fenicios, que se asentaron en la propia ciudad del PN II y en el puerto de la desembocadura del río Segura.

Dand der 1976 in La Peña Negra begonnenen Ausgrabungen donnte der Umwandlungsprozeß nachgewiesen werden, in dessen Verlauf sich die hier gelegene große endbronzezeitliche Siedlung in eine blühende orientalisierende Stadt verwandelte. Ausschlaggebend dafür war eine ungewöhnlich rege Metallindustrie während der PN I-Phase, die phönizische Ansiedler und Kaufleute dazu bewog, sich in der PN II-Phase in der Stadt selbst und am Hafen der Segura-Mündung niederzulassen.

En el año 1978 tomó cuerpo un proyecto de investigación bautizado con el nombre del yacimiento en el que ya se habían realizado dos campañas de excavaciones (GONZÁLEZ PRATS, 1979a). Varios eran sus objetivos, pero en esencia se trataba de establecer una secuencia del poblamiento pre y protohistórico –del Cobre a la época ibérica– en un espacio microambiental como era la Sierra de Crevillente, empeño en el que aún nos encontramos.

Especial hincapié se ha hecho en las dos fases representadas en el enorme yacimiento de La Peña Negra, puesto que con sus 34 ha posibilita un registro en extensión que permite conocer aspectos tan fundamentales y necesarios para la protohistoria del Sudeste y Sur peninsular como son la arquitectura y la urbanística.

En ese sentido, la homogeneidad de la sedimentación arqueológica por todo el yacimiento nos ha proporcionado un conocimiento paralelo en sus sendas fases consecutivas, pudiendo concluir en que contamos con uno de los mejores y más completos registros arqueológicos para la Protohistoria del Occidente europeo y mediterráneo.

Como la documentación extraída de las excavaciones nos ha permitido asimilar el yacimiento al nombre de aquella ciudad (Herna) mencionada en el periplo que se dice sirvió de base a Avieno para la redacción de sus *Ora Marítima*, he aquí que los procesos históricos que se han desarrollado en el amplio yacimiento encuentran su justificación en un marco socio-cultural y económico que eclosionó en un impresionante espacio urbano, único hoy por hoy en las comarcas del Sudeste Penin-



Fig. 1: Muestra de moldes para fundir espadas, puntas de lanza, hachas de apéndices laterales, hoces, brazaletes y agujas del taller de PN I.

sular. Dejaremos de lado las aportaciones realizadas en el poblado calcolítico del Sector XI (GONZÁLEZ PRATS, 1986c) y en el Bronce Antiguo del Sector XIII (GONZÁLEZ PRATS, 1986a), tanto por hallarnos todavía trabajando en el primero como por la desconexión que muestra el segundo con la secuencia que aquí vamos a analizar. De este modo, nos centraremos en el proceso ocurrido en La Peña Negra entre los siglos IX y VI a. C.

El primer horizonte cultural que inaugura el poblamiento protohistórico en el yacimiento pertenece al Bronce Final, ha sido denominado PN I y abarca desde 900/850 hasta el año 700 a.C. aproximadamente. Estratigráficamente comprende el paquete que venimos conociendo como Nivel II y su depósito se realiza sobre suelo virgen. Se trata, pues, de un nuevo poblamiento que en la actualidad no cuenta con antecedentes inmediatos y directos en la propia Sierra de Crevillente.

Las gentes de PN I disponen de unos rasgos materiales distintivos que las emparentan con

similares desarrollos culturales que se producen por esas mismas fechas en todo el tercio meridional de la Península Ibérica.

Han utilizado varios tipos de viviendas: endebles cabañas de forma circular u oblonga semiexcavadas en la base geológica –cuyos restos conocemos como fondos de cabaña–, viviendas circulares con paredes de arcilla de color rojo y casas angulares con zócalos de piedra, una de cuyas variantes es muy característica de la zona del Sudeste (CONTRERAS, 1982).

Sólo en el Corte E (1983-1985) nos fue posible registrar estos tres tipos de vivienda en la secuencia en que han sido presentados (GONZÁLEZ PRATS, 1989a). Algunas casas circulares presentan enlucidos de barro amarillo o cal en sus paredes, mientras una vivienda angular sencilla brindó gruesos pavimentos de arcilla batida.

Un conjunto de cuatro hornos de pequeñas dimensiones (GONZÁLEZ PRATS, 1989b: 23 y fig. 2) completa el cuadro de estructuras domésticas que conocemos hasta hoy.

Las gentes del PN I fabrican sus cerámicas a mano y, en menor grado, a molde. Desde el inicio del registro aparecieron muy claramente diferenciadas dos especies. La primera de ellas es basta, de colores claros, con la superficie toscamente alisada o sin tratamiento alguno, resultando áspera al tacto. Su pasta suele presentar un núcleo gris y abundante desengrasante mineral de tamaño grueso. Las formas preferentes son tipos ovoides con o sin cuello y con base plana, en un grupo de las cuales se conservan improntas de las esteras donde fueron fabricadas o dejadas secar. Por el contrario, la cerámica cuidada nos depara una vajilla con un elevado grado de calidad, de pastas homogéneas oscuras, con muy fino desengrasante mineral, cuyas superficies han recibido un intenso bruñido. Sus formas oscilan alrededor del cuenco-cazuela de carena alta generando numerosas variantes (GONZÁLEZ PRATS, 1983c). Sólo esta especie cerámica ostenta en algunos casos decoración. La que más ha distinguido al yacimiento (GONZÁLEZ PRATS, 1979b y 1983a: 105ss) es la decoración incisa que se complementa con la impresión y pintura roja. La conservación en muchos ejemplares de la incrustación de yeso nos advierte del efecto eminentemente pictórico de estas cerámi-

cas, que ofrecían los motivos en blanco o en blanco y rojo sobre el fondo oscuro brillante. A su lado, en menor cuantía, existe la decoración pintada post-cocción que combina los colores rojo y amarillo con la misma temática de tipo geométrico. Hay un buen porcentaje de cerámicas con engobe a la almagra, cuya existencia en el Bronce Final ya se detectó en los materiales de Galera (SÁNCHEZ MESEGUER, 1969).

Otras técnicas decorativas hacen su aparición de modo más esporádico. Así, la retícula bruñida, la excisión y las acanaladuras, pudiéndose considerar estas últimas como exponente de vasijas importadas de los ambientes de Campos de Urnas.

Desde hace tiempo venimos propugnando (GONZÁLEZ PRATS, 1983a: 106ss y 1990a: 73ss) una inspiración –o mejor, derivación– de las técnicas y motivos decorativos más característicos de PN I, de las manifestaciones transmitidas por las diversas facies de la cultura meseteña de Cogotas I que tanta incidencia llegó a tener en el Bronce Tardío del Sudeste, sobre todo en los yacimientos vinculados al mundo argárico. Incluso hoy parece ir tomando carta de naturaleza la existencia de bicromía en determinados vasos con incrustación de esta cultura (BLASCO BOSQUED, 1981: 84), sin tener que recurrir a las influencias del Geométrico mediterráneo para explicar técnica y motivos de la cerámica pintada del Bronce Final, aplicable en todo caso a la variante monocroma tipo Carambolo (ALMAGRO GORBEA, 1977: 458ss).

Las cerámicas –formas y temática decorativa– de las gentes de PN I se inscriben en el marco del mundo tartésico entendido *sensu latu* (GONZÁLEZ PRATS, e.p.), hallando sus correspondencias en ese tercio meridional de la Península Ibérica que abarca desde el Algarve al Bajo Vinalopó. Pero sus precedentes inmediatos, al menos en el Sudeste, cabe rastrearlos en los ambientes de Cogotas I. Formas cerámicas, motivos y técnicas decorativas propias de esta facies del Bronce Final del Sudeste se hallan presentes allí al menos desde inicios del Bronce Medio (Horizonte de Caracena).

El resto de la cultura material nos ofrece una variada, aunque escasa, industria ósea: punzones, agujas, botones y fusaiolas. A la par, una industria lítica incluye desde molinos de mano hasta azuelas y cuentas de collar, con una ausencia significativa

de elementos dentados de sílex propiciada por la existencia de hoces y sierras de metal.

La actividad metalúrgica ha venido a manifestarse como la principal base económica de esta gran comunidad del Bronce Final. Los hallazgos realizados de modo esporádico en el registro del poblado hasta 1981 y los que se vienen encontrando en la necrópolis correspondiente como ajuares nos ofrecen un pálido reflejo de lo que fue la producción de objetos, útiles y armas de los talleres metalúrgicos de PN I. El descubrimiento de uno de estos talleres en el Sector II (GONZÁLEZ y RUIZ GÁLVEZ, 1989) ha sido uno de los principales acontecimientos en la investigación prehistórica peninsular de los últimos tiempos, convirtiéndose el lugar en uno de los más importantes focos de metalurgia del Occidente europeo. De los varios centenares de fragmentos de moldes –tanto de arenisca como, sobre todo, de arcilla– se ha podido identificar un buen lote de útiles y armas: espadas de filos rectos con empuñadura de lengüeta calada y de empuñadura maciza, puntas de lanza de alerones romboidales, hachas de apéndices laterales y hoces, junto a numerosos tipos de agujas.

Una tecnología altamente sofisticada y especializada (RUIZ GÁLVEZ en GONZÁLEZ PRATS, 1990a: 317ss) y una tipología muy definida sitúan a los talleres de PN I dentro de la metalurgia del Bronce Atlántico III, datándose actualmente en el registro del yacimiento en el siglo VIII a.C. A su vez, confiere al Sudeste un papel de primer orden en la producción y distribución –es significativo no hallar en nuestros registros los objetos fabricados en el yacimiento– de tales piezas tanto por el hinterland del Sudeste como por el Mediterráneo (Sa Idda).

Esta floreciente actividad económica que se nutría del mineral entonces existente en la Sierra de Crevillente –como también sucediera en la Edad del Cobre con el poblado de Les Moreres– venía complementada por una importante base mixta ganadera –bovina, sobre todo– y agrícola.

El entorno ecológico natural del yacimiento se componía de amplios bosques de pinos y encinas alternando con acebuches, que proporcionaron determinadas especies salvajes –ciervo y cabra pirenaica– a los esporádicos cazadores de PN I. Semejante cobertura boscosa iría sufriendo serios reveses por el abastecimiento de leña para los

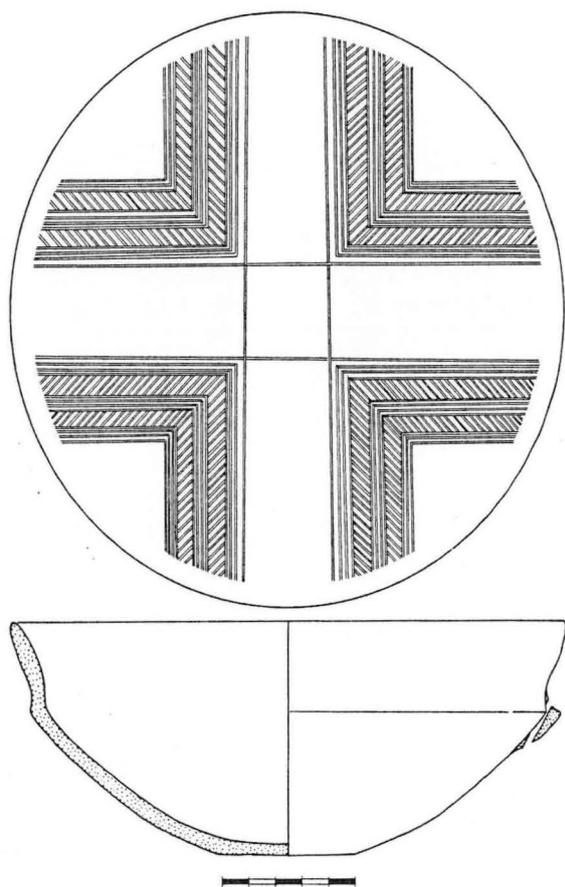


Fig. 2: Cuenco carenado con decoración de surcos rellenos de pasta blanca, fabricado a molde, de PN I.

hogares domésticos, el techado de las viviendas, los hornos de fundición y los alfareros, así como para las propias piras funerarias. La pobreza de humus vegetal y, en general, del suelo de los estratos de la fase siguiente así parecen corroborarlo. El efecto antrópico a lo largo de los siglos IX y VIII a.C. sobre ese entorno debió de ser considerable y marcó el inicio del mayor índice de aridez que parece afectar a la etapa orientalizante del yacimiento. A efectos de abastecimiento alimentario debieron utilizarse los recursos cinegéticos propios del ecosistema de marjal próximo del Hondo y del cordón prelitoral. En las zonas más secas, el esparto fue ampliamente explotado para la elaboración de cuerdas y esteras.

Las gentes de PN I enterraron a sus muertos en la cercana necrópolis de Les Moreres. Allí, tras la cremación de los cadáveres, fueron depositados en urnas cerámicas cubiertas con tapaderas cerámicas o losas de piedra (GONZÁLEZ PRATS, 1983b). Ajuares y tipología de las urnas nos sitúan ante

una necrópolis típica del Sudeste (Parazuelos-Qurénima-Barranco Hondo-Llano de los Ceperos), siendo utilizada desde mediados del siglo IX hasta mediados del VII a.C.

PN II (PERÍODO ORIENTALIZANTE): 700-575/550 A.C.

Ya en la secuencia del poblado del Bronce Final se habían venido registrando algunos objetos exóticos procedentes del comercio oriental -fíbulas de doble resorte, brazaletes de marfil, cuentas de collar de fayenza y pasta vítrea azul, junto a alguna cerámica-. Una correspondencia se produce en la necrópolis (cerámicas de barniz rojo, brazaletes de marfil y cuentas de collar de pasta vítrea). Eran los primeros objetos de ultramar que delataban el inicio de los contactos con el mundo fenicio de la costa.

Dos hechos se producen en el paso del siglo VIII al VII. Por un lado, *el establecimiento del puerto comercial fenicio de la desembocadura del río Segura* (GONZÁLEZ PRATS, 1990b y 1991), que canalizó todo el comercio por dicho eje fluvial -en donde estaban asentados pequeños cabezos precoloniales (Los Saladares) y la fortificación fenicia de Cabezo del Estaño- hacia Murcia, Albacete y Alta Andalucía. Por otro, *la instalación de una factoría fenicia en uno de los barrios periféricos de la ahora inmensa ciudad orientalizante de la Sierra de Crevillente*, debiendo imaginar un lógico proceso de mestizaje con la población indígena directamente influido por el consentimiento del rétulo de PN II. Los sectores VII y VIII de Herna fueron así habitados por un contingente oriental compuesto por comerciantes y artesanos.

De manos de estos artesanos va a salir toda la producción cerámica local fabricada a torno -la imitación de dichas formas en cerámica a mano es una de tantas pruebas- que no sólo inundó hasta el último rincón de la ciudad, originando un drástico retroceso de la cerámica indígena fabricada a mano, sino que llegó a abastecer al hinterland más o menos cercano (El Monastil de Elda). Sus grafitos con nombres característicos -BD'SMN- y sus marcas de alfar sobre las ánforas A1 locales (GONZÁLEZ y PINA, 1983), son otra prueba directa de este fenómeno.

Al lado de la producción alfarera -que recoge toda la tipología del mundo fenicio occidental- el artesanado fenicio de PN II se dedicó a la elabo-

ración de una joyería distintiva en repujado que por sus características se relaciona estrechamente con la orfebrería orientalizante etrusca (STRÖM, 1971), lo que nos invitó a proponer la previa estancia de estos orfebres en talleres fenicios de Etruria (GONZÁLEZ PRATS, 1983a: 261). Lo cierto es que tanto las joyas –diadema de oro– como alguno de los troqueles utilizados –el punzón del Sector VII o los Bronces Candela (GONZÁLEZ PRATS, 1989c)– han sido hallados en el marco de este enclave urbano.

Sea como fuere, las transacciones comerciales entre fenicios e indígenas en esas tierras del Sudeste precipitaron la creación de un sistema de intercambio basado en la adopción de un patrón monetar de barras metálicas planas (cobre, bronce y plomo), en vigor en el siglo VII (GONZÁLEZ PRATS, 1985), que la documentación de 1987 hace retroceder su existencia al siglo VIII a.C. (GONZÁLEZ PRATS y RUIZ SEGURA, 1990-91: 73).

La riqueza y magnitud de la oferta de objetos metálicos de PN I cara el comercio de ultramar, aparte de otros determinados bienes, condicionaron sin duda tanto el funcionamiento de este sistema monetar como el temprano acceso fenicio a estas tierras del sur de Alicante (*“ista Phoenices prius loca incolebant”* O.M., 459).

¿Qué transformaciones se produjeron ahora en PN II? En primer lugar, la consolidación de un poder político cuyos orígenes cabe buscarlos en la etapa precedente y al frente del cual hemos de ver ahora a un régulo o grupo dirigente investido de la suficiente autoridad como para transformar el amorfo aspecto del gran poblado de PN I en una extensa y regularizada ciudad orientalizante con un espacio alrededor de 34 ha a través de diversos mecanismos urbanísticos.

Así, ahora hay una homogeneidad en la construcción de las viviendas –todas angulares con zócalos de piedra– y se acometen ingentes obras de aterramiento en laderas y pendientes, como también defensivas, con un encintado de murallas que circundaba todo el perímetro más expugnable de la ciudad. Una importante mano de obra para tales fines al servicio de unas directrices generales urbanas, convirtieron a PN II en una de las principales ciudades del Hierro Antiguo del Mediodía peninsular, en los confines septentrionales de

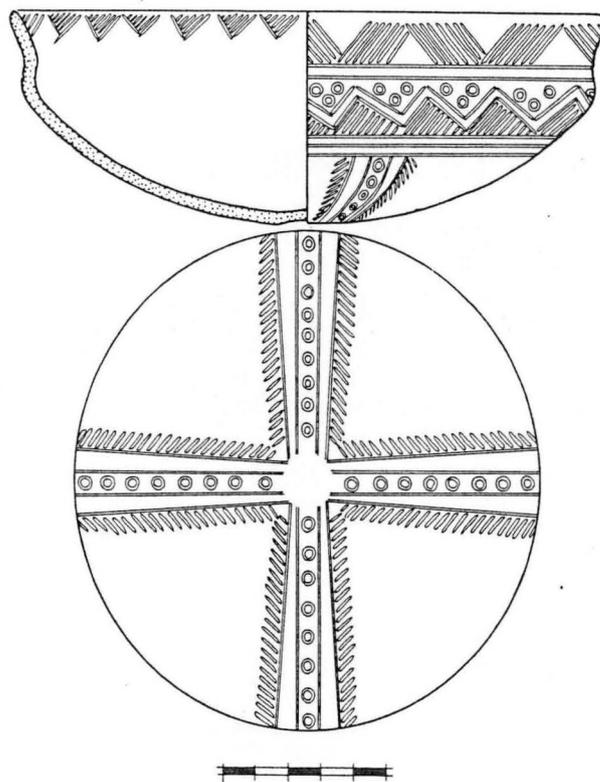


Fig. 3: Cuenco con decoración bicroma a base de pintura roja e incrustación de pasta blanca, fabricado a molde, de PN I.

Tartessos (*“bic terminus quondam stetit Tartesiorum”* O.M., 463).

Pese a la escasa fiabilidad que se dice ofrece esta obra de Avieno (DE HOZ, 1989), lo cierto es que estos pasajes citados concuerdan geográfica e históricamente con los datos de la arqueología.

En cuanto a la urbanística, el escaso registro de que disponemos aún nos proporciona, no obstante, la visión de lo que hemos denominado “conjuntos separados”, es decir, grupos de unidades domésticas con un robusto muro medianero que las individualiza. Así se ha manifestado en los Sectores IB y VII. Varias viviendas de esta fase conocen el uso de tabiques y muros de adobes, así como la ornamentación pintada de sus paredes con bandas y motivos geométricos de color rojo (Sectores II y VII). La utilización del yeso, conocida en PN I para remates de las casas y elaboración de moldes de vasijas, se convierte ahora en algo habitual, sobre todo en aquellos casos en donde se construyeron dos pisos, como en un pequeño almacén cerámico del Sector VII (GONZÁLEZ y RUIZ SEGURA, 1990-91).

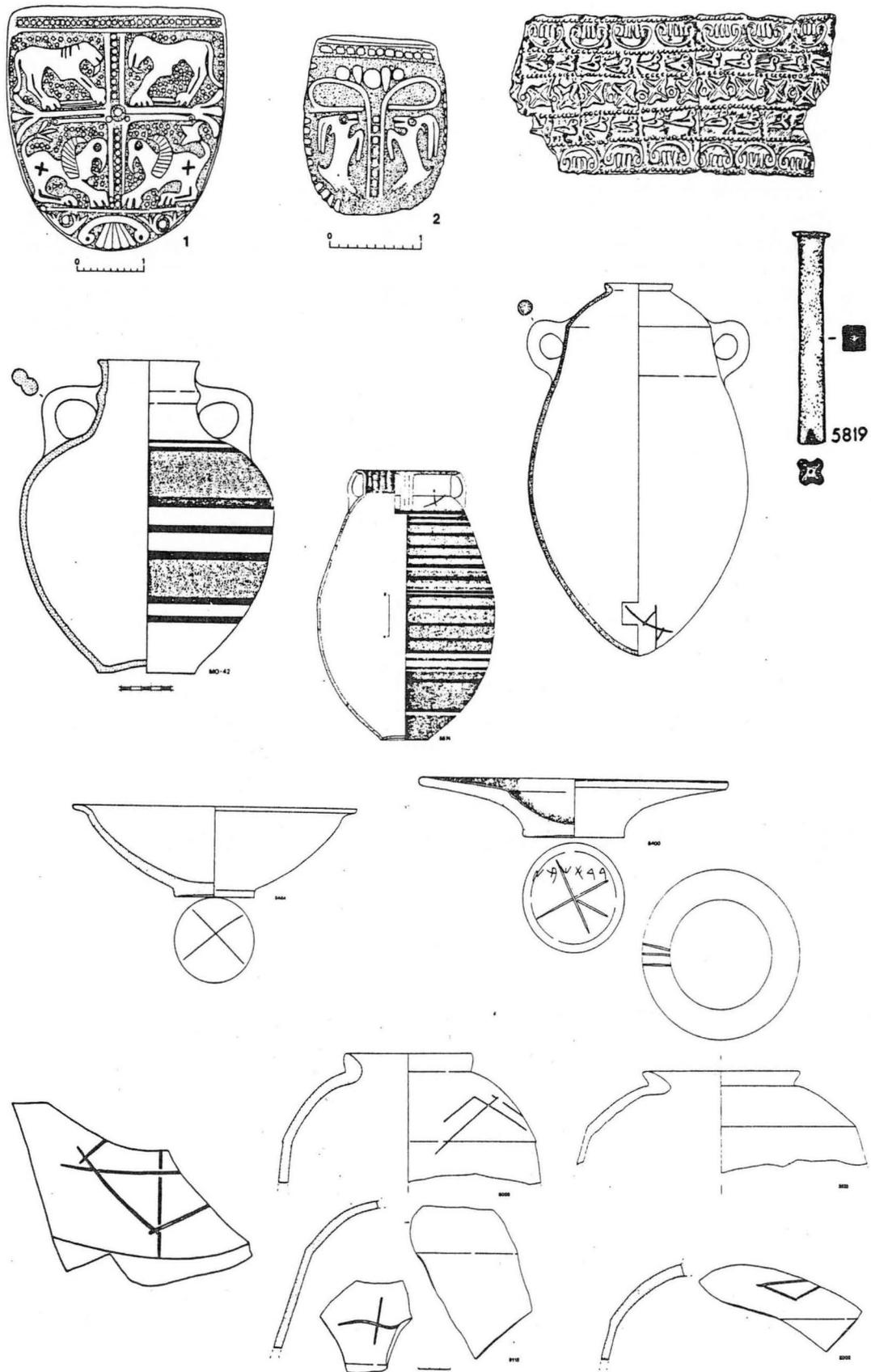


Fig. 4: Objetos exponentes de la presencia de un artesanado fenicio en la ciudad de Herna (PN II).

La cultura material de PN II ofrece un cuadro que en casi nada se diferencia de los productos característicos del mundo fenicio y, por extensión, orientalizante de la Península Ibérica. Ánforas con hombro marcado (A1), una vajilla gris que recoge formas indígenas junto a las típicas fenicias (B), la vajilla de engobe y barniz rojo –cuencos de borde entrante, platos de ala, frascos o alabastrones con asa, lucernas de uno o dos picos, trípodes, oinokhoes, etc.– (D), cerámicas sin tratamiento especial –ampollas, morteros-trípodes, frascos de asa realzada, etc.– (C) y un numeroso grupo de vasos decorados con pintura monocroma y bicroma (E), responden a la tipología en uso de los siglos VIII y VII a.C.

Buena parte de estas vasijas fueron fabricadas en el yacimiento, pero otra parte nada despreciable –ánforas A1 y A3, casi toda la vajilla roja, parte del Grupo C y las formas E11 y E13 con decoración bicroma– fueron traídas de los centros fenicios del Sur a través del puerto de Guardamar. Hemos llegado a diferenciar hasta siete tipos de cerámicas de importación (GONZÁLEZ PRATS, 1986b), de los que el primero –Grupo A– procede de las factorías y puertos del litoral malagueño (Chorreras-Morro-Toscanos-Guadalhorce) siendo el mismo grupo que llega en el siglo VII a Ibiza (Sa Caleta) –seguramente también a través del puerto de la desembocadura de río Segura– y a otros puntos del País Valenciano y Cataluña.

La novedad del período, calificado por ello de Hierro Antiguo, consiste en la utilización más o menos generalizada de objetos de hierro, que en la práctica se reducen –tanto en el poblado como en la necrópolis– a pequeños cuchillos afalcados. Si en embargo, es el bronce el metal con que se elaboraron los útiles y adornos más numerosos: punzones, puntas de flecha, fíbulas de doble resorte, dos tipos de broche de cinturón así como correajes y jarros de tipo tartésico (GONZÁLEZ PRATS, 1977-78:121ss).

Las gentes de PN II utilizaron durante algún tiempo la necrópolis de cremación de Les Moreres. Algunas urnas E11 a torno embutidas entre otros enterramientos o monumentos funerarios más antiguos así pretenden demostrarlo. No obstante, dado el volumen de población que albergaría la ciudad de Herna, parece necesaria la instalación de otra necrópolis que todavía no ha sido detectada.

Enormes recursos económicos debieron ponerse a disposición de esta amplísima comunidad del Hierro Antiguo Tartésico. Si nos fijamos de los primeros análisis faunísticos, parece haberse producido un notorio cambio en la cobertura vegetal, permitiendo una explotación de los ovicápridos. El mayor porcentaje de molinos de mano podría indicar una completa utilización del entorno inmediato como campos de cultivo de cereales en régimen de secano. Otros productos como aceite, vino y salazones debieron llegar al yacimiento en los recipientes anfóricos importados A1, A3 y E13.

Aunque no disponemos en esta fase de hallazgos definitivos sobre actividad metalúrgica, la existencia de numerosos morteros puede delatar una dedicación de este tipo, que seguramente acabaría con las últimas vetas de mineral de la Sierra de Crevillente.

De nuevo, el volumen de madera necesario para los hogares domésticos y la construcción, pero sobre todo para los grandes hornos alfareros, hubo de ser de tal magnitud que debemos imaginarnos en la etapa final de PN II un medio ambiente no muy distinto del que conocemos en la actualidad. En este medio más árido, el esparto debió extenderse considerablemente y hubo de constituir la base de una floreciente industria de cordelería tanto para utilización interna como para el exterior.

La próspera ciudad de Peña Negra II pereció a finales del siglo VII o en el primer cuarto del siglo VI a.C. de forma violenta. Derrumbes de viviendas, señales de incendios, rotura sistemática y dispersión de los enseres que allí se encontraban, así como ocultaciones de piezas valiosas, nos alertan sobre este fenómeno que llegó a alcanzar tal magnitud que la ciudad no volvió a levantarse.

Sólo muchos años más tarde –alrededor de un siglo– volveremos a encontrar poblamiento en los poblados y recintos fortificados del Horizonte Forat-Castellar, situados jalonando la tradicional ruta comercial y de penetración –que ha venido actuando de cañada hasta hace bien poco– que atraviesa la Sierra en dirección al valle del Vina-lopó, en dirección a la Meseta oriental.

ALFREDO GONZÁLEZ PRATS

*Departamento de Prehistoria, Universidad de Alicante
Ctra. St. Vicent del Raspeig s/n, ALICANTE*

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M.
1977 El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura. *B.P.H.*, XIV. Madrid.
- BLASCO GOSQUED, C.
1981 Reflexiones sobre la cerámica pintada del Bronce Final y Primera Edad del Hierro en la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 7-8. Madrid.
- CONTRERAS, F.
1982 Una aproximación a la urbanística del Bronce Final en la Alta Andalucía. El Cerro de Cabezueros (Úbeda, Jaén). *C.P.Gr.*, 7. Granada.
- DE HOZ, J.
1989 Las fuentes escritas sobre Tartessos. *Tartessos. Arqueología Protohistórica*: 25-43.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1977-78 Sobre las excavaciones realizadas en el yacimiento protohistórico de La Peña Negra (Crevillente). *Pyrenae*, 13-14: 121. Barcelona.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1979a *Excavaciones en el yacimiento protohistórico de La Peña Negra (Crevillente, Alicante)*. E.A.E., 99. Madrid.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1979b Cerámicas de incrustación de la Primera Edad del Hierro en la Sierra de Crevillente (Alicante). *XV C.N.A.*: 655-662. Zaragoza.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1983a Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente. *Anejo I de Lucentum*: 105ss. Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1983b La necrópolis de cremación del Bronce Final de la Peña Negra de Crevillente (Alicante). *XVI C.N.A.*: 285ss. Zaragoza.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1983c Ensayo de un método de variabilidad formal aplicado al Tipo B7 del horizonte del Bronce Final de Peña Negra (850-675 a.C.). *Lucentum*, 2: 91-113.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1985 Sobre unos elementos materiales del comercio fenicio en tierras del Sudeste peninsular. *Lucentum*, 4: 97ss. Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1986a La Peña Negra V. Excavaciones en el poblado del Bronce Antiguo y en el recinto fortificado ibérico. *N.A.H.*, 27: 145-263. Madrid.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1986b Las importaciones y la presencia fenicia en la Sierra de Crevillente (Alicante). *Aula Orientalis*, 4: 279ss.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1986c El poblado calcolítico de Les Moreres en la Sierra de Crevillente (Alicante). *El Eneolítico en el País Valenciano*: 89-99. Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1989a Últimas aportaciones de las excavaciones realizadas en La Peña Negra (1983-1987) al Bronce Final y Hierro Antiguo del Sudeste y País Valenciano. *XIX C.N.A.*: 468. Zaragoza.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1989b Hábitats y estructuras domésticas del Bronce Final en el sur del País Valenciano. *Colloque International sur l'Habitat et structures domestiques en Méditerranée occidentale durant la Protohistoire*. Arles-sur-Rhône: 23 y fig. 2.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1989c Dos bronce fenicios de la colección Candela. Aportación al conocimiento de la orfebrería e iconografía orientalizante de la Península Ibérica. *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*: 411ss. AUSA. Sabadell.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1990a *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste*. Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1990b La factoría fenicia de Guardamar. *Azarbe*. Guardamar del Segura.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
1991a La presencia fenicia en el Levante peninsular y su influencia en las comunidades indígenas. *II Jornades d'Arqueologia fenicio-púnica*. Eivissa.
- GONZÁLEZ PRATS, A.
E.p. El ámbito geográfico del mundo tartésico a través de la documentación arqueológica del Sudeste. *Fonaments*. Homenaje al Prof. Miquel Tarradell. Barcelona.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y PINAJA, J.A.
1983 Análisis de las pastas cerámicas de vasos hechos a torno de la fase orientalizante de Peña Negra (675-550 a.C.). *Lucentum*, 2: 115ss. Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ GÁLVEZ, M.
1989 La metalurgia de Peña Negra en su contexto del Bronce Final del Occidente europeo. *XIX C.N.A.*: 367ss. Zaragoza.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ GÁLVEZ, M.
E.p. Die metallindustrie von Peña Negra im Gesamtbild der Spätbronzezeit Westeuropas. *XI Congrès de l'Union Internationale des Sciences Préhistoriques et Protolithiques*. Mainz 1987.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E.
1990-91 Nuevos datos sobre urbanística y cultura material en el Hierro Antiguo del Sudeste. *Lucentum*, IX-X: 51-75.
- RUIZ GÁLVEZ PRIEGO, M.
1990 La metalurgia de Peña Negra I. En GONZÁLEZ PRATS, A. (1990a): 317-357.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J.
1969 El método estadístico y su aplicación al estudio de materiales arqueológicos. Las cerámicas del Bronce Final de Galera. *Informes y Trabajos del I.C.R.*, 9. Madrid.
- STRÖM, I.
1971 *Problems concerning the origin and early development of the Etruscan Orientalizing style*. Odense University Press: 174ss.